

Cuando ETA mataba a taxistas

El próximo jueves se cumplen 40 años del asesinato de Sixto Holgado, uno de los catorce taxistas ejecutados por la banda tras acusarles de «chivatos»



LORENA GIL

lgil@elcorreo.com

BILBAO. El cuerpo sin vida de Sixto Holgado Agudo apareció de madrugada en el vertedero de basuras de San Marcos, en Rentería. Taxista de profesión, la última vez que se le vio con vida fue el 26 de septiembre de hace ahora cuatro décadas. Fue en la parada de la calle Biterri. Un cliente solicitó sus servicios. El último, en realidad. Esa persona era un miembro de ETA que le obligó a dirigirse al barrio de Beraun y, más tarde, al vertedero. Allí fue asesinado de un tiro en la nuca. Empleados de la contrata de recogida de basuras descubrieron el cadáver al ir a descargar un camión. Su taxi, un 'Seat 131', apareció a la mañana siguiente en las proximidades de su domicilio, cerca del caserío Larramendi. La víctima tenía 46 años, hacia seis meses que se había casado en segundas nupcias y tenía ocho hijos de su anterior matrimonio, con edades comprendidas entre los cinco y los veinte años.

Sixto Holgado no fue el primer taxista asesinado por ETA. Ni sería el último. La banda mató a nada menos que catorce representantes de este gremio entre 1969 y 1985. Empezó el suyo no fue un atentado premeditado. Su desgracia aquel 9 de abril de hace cincuenta años fue hacer la ronda por el Casco Viejo de Bilbao. Un etarra que acababa de huir de una operación policial tras ser alcanzado de dos disparos se subió a su coche. El taxista se negó a continuar el viaje hasta que aclarara lo sucedido. Miguel Echevarría, alias 'Makaghen', le descerrajó cuatro balazos para después dejarlo abandonado en Arrigorriaga. Monasterio se convirtió en el primer civil muerto a manos de la banda y también ha sido la única víctima de ETA a la que el Gobierno vasco, con el lehendakari Urkullu a la cabeza, ha

dedicado hasta la fecha un homenaje a título individual.

A Monasterio le seguirían otros trece compañeros en los años siguientes. Pero no fueron casos aislados, ni 'daños colaterales', expresión con la que ETA se ha referido en ocasiones a algunas de sus víctimas. La inmensa mayoría formaron parte de una estrategia, la de matar al supuesto «chivato». Esa era la etiqueta que la banda colocaba a quienes suscitaban sospechas por no formar parte del sustrato social del que se servía la organización terrorista. Una vez señalada, esa persona y su familia sufrían una auténtica campaña difamatoria sin

prueba alguna que acababa con una frase: 'Algo habrá hecho'. «Eran víctimas fáciles porque estaban muy expuestas. También en Irlanda asesinaron a muchos taxistas. Los protestantes mataban a taxistas católicos, y viceversa. Aunque el caso de ETA es diferente. Aquí fue más parecido a una 'caza de brujas' basada en el chismorreo y los rumores», explica el historiador Gaizka Fernández Soldevilla.

Bajo la acusación de ser confidentes de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, ETA acabó con la vida de unas sesenta personas. En su mayoría eran comerciantes, propietarios de bares, mecánicos y también, taxistas.

Les acusaban, entre otras cosas, de aportar información que permitía detener a miembros de la banda. Su primera víctima fue Carlos Arguimberri Elorriaga, chófer de autobús que fue acorralado a tiros en junio de 1975 en Deba. El siguiente, con apenas unos días de separación, fue el taxista Francisco Expósito Camio. Segundo conductor del gremio al que ETA mataba —tras Fermín Monasterio—, pero esta vez bajo la acusación de «chivato». Nacido en Usurbil, era su último día de trabajo antes de cogerse unas va-

caciones. Tenía previsto viajar a Alemania, donde su hija acababa de tener un niño. Expósito leía un periódico en el interior de su taxi, mientras esperaba a que llegaran clientes, cuando dos individuos se acercaron al vehículo y le dispararon a bocajarro. Los asesinos lanzaron panfletos en su huida en los que ETA acusaba a la víctima de ser confidente de la Guardia Civil. «Los taxistas hablaban con mucha gente. Y solo hacía falta que alguien en el pueblo cercano a los círculos de ETA —la mayoría de los atentados se cometieron en municipios de tamaño medio, más de la mitad de Gipuzkoa— viera a uno charlar con un policía para que empezara a esparcir sospechas sin fundamento», descri-



be Fernández Soldevilla, responsable del área de archivo, investigación y documentación del Memorial por las Víctimas del Terrorismo.

Los siguientes taxistas que pasaron a engrosar la macabra lista de ETA fueron Germán Aguirre y Manuel Albizu. «No hay por qué, el porqué te lo ponen ellos después. Te dicen que uno es chivato, el otro no pagaba, el otro esto, el otro lo otro... Ya ellos se dedican a ponerte las etiquetas y con ellas te quedas», expresó la hija de Albizu tras el asesinato de su padre.

Primo del obispo

1978 fue especialmente aciago para los taxistas. ETA asesinó a tres -Elias Elexpe Astondo, Lisardo Sampil Belmonte y Martín Merquelán Sarriegui- y un cuarto crimen, el de Amancio Barreiro Gens, fue obra de los Comandos Autónomos Anticapitalistas, grupo escindido de la propia banda. Tras la ley de Amnistía, los terroristas acompañaron en dicho año cada paso en la redacción y aprobación de la Constitución con una escalada de atentados. En el 78 ETA mató a 68 personas, frente a las once que asesinó en 1977.

Dos taxistas, Ignacio Arocena Arbelaz y Benito Morales Fabián, fueron asesinados por la banda en 1980 en Oiartzun y Rentería. Y un año después lo sería Antonio Huegún Aguirre. En diciembre de 1983 los terroristas, según reconoció la propia ETA en un comunicado, secuestraron, interrogaron y finalmente mataron de un disparo al taxista jubilado Pablo Garraza García. La campaña de atentados bajo la acusación de colaborar con las Fuerzas de Seguridad del Estado continuó hasta mediados de los ochenta -tiempo después se produciría algún caso más-. Y una de sus últimas víctimas fue también un taxista. A las cinco de la tarde del 17 de mayo, cuatro individuos se subieron al coche de Juan José Uriarte Orue en la parada de Lamera, en Bermeo. Su cuerpo sin vida aparecería dos días después en un camino vecinal próximo a la ermita de San Juan de Gaztelugatxe. La víctima era primo de Juan María Uriarte, entonces obispo auxiliar de Bilbao y a posteriori obispo de San Sebastián.

El terrorista que llamó por teléfono al 091 para revelar dónde se encontraba el cadáver dijo: «Hemos dejado tieso a un chivato». La familia negó ese extremo. En el funeral, que fue oficiado por Uriarte y otros doce sacerdotes, éste afirmó: «No es lícito que nadie se erija en juez y menos, en vengador». ETA llegó incluso a mentir sobre su relación con el crimen. Y es que los terroristas no supieron de quién era familiar la víctima hasta después de muerto. Tres años después, varios integrantes del 'comando Orbaiceta' fueron detenidos y condenados por el asesinato del taxista.

